

ct

Nada

de
Tania Cárdenas Paulsen

(fragmento)

Un café. Una barra semicircular alrededor de la cual se encuentran las sillas.

Detrás de la barra está el mesero: Ernesto. Joven. Acné. Ropa blanca percutida, un completo simulacro de elegancia. Corbatín torcido y las mangas recogidas. En un rincón, junto a la ventana, está sentada una mujer muy joven que mira hacia la calle. Ella es Vera.

El mesero bosteza, con el control cambia los canales de un televisor que está a la vista de todos. Pone un partido de fútbol.

VERA

Un teléfono.

Ernesto, sin apartar los ojos del televisor, señala un corredor. Vera camina sin prisa hacia el lugar indicado. (Mientras tanto, la pantalla muestra a una mujer que llora desconsolada, habla mirando a la cámara pero no se escucha lo que dice. La mujer tiene en sus manos la foto de una niña de 8 años que sopla las velas de un pastel). Justo cuando Vera desaparece, la puerta del café se abre y Marco asoma la cabeza. Da un vistazo rápido, busca con la mirada. No encuentra nada y se va enseguida. El camarero no se entera ni de su llegada ni de su partida.

Tan pronto se cierra la puerta de salida se abre otra: la que conduce a los baños. Jacobo, flaco, desgarrado, se dedica, sin ningún pudor, a cerrarse la bragueta del pantalón. Está atascada. No cierra, definitivamente no cierra y a él parece no importarle mucho. Se sienta en la barra, frente a él hay varias tazas de café, todas desocupadas. Se ocupa del partido.

Vera regresa, y en voz alta, al mesero:

VERA

Dame una moneda.

ERNESTO

...

VERA

Tengo que llamar.

ERNESTO

Que no. Que está dañado.

Ernesto le sube el volumen al aparato. El árbitro pita y anuncia el medio tiempo. Noticiero: un reportero habla mirando a la cámara, detrás de él un incendio forestal. El mesero cambia de nuevo los canales.

Vera camina hasta la puerta, la abre y mira hacia la calle. No se atreve a salir y regresa a la barra. Se dirige a Jacobo.

VERA
Buenas noches.

ERNESTO
¿Qué quieres?

VERA (*A Jacobo*)
Usted se parece a mi papá.

ERNESTO
Estás molestando a los clientes.

VERA
¿Podría hacer algo por mí?

ERNESTO
¿Cómo quieres que te lo diga?

Jacobo no responde.

VERA
¿Podría hacer algo por mí?

Ella da unos pasos hacia la puerta pero no se va. Regresa. Se queda parada frente a Jacobo. Lo mira sin curiosidad, sin nada en especial. Sólo lo mira.

VERA
¿Puedo sentarme?

Jacobo no se inmuta. No hace ni el más mínimo gesto.

Ernesto, el camarero, trae un café. Lo deja al lado de las otras tazas vacías. Vera se sienta al lado de Jacobo y acerca hacia ella el café. Bebe con absoluta naturalidad.

VERA
Esto no tiene azúcar.

Acerca su silla a la de Jacobo.

VERA
Me tienes que ayudar.

Se bebe el café de un sorbo y no dice nada más durante un buen rato. Ella, Jacobo y el camarero se quedan viendo las repeticiones de partes del partido.

VERA

Es muy sencillo, usted me acompaña a la calle, saca la mano, para un taxi, anota las placas y me desaparezco. ¿Vamos?

ERNESTO

¿Qué es lo quieres?

VERA (A Ernesto)

Irme a mi casa.

ERNESTO

Entonces vete.

VERA

No puedo. ¿No ve? La calle está muy oscura y me da miedo caminar sola. Además no conozco. (A Ernesto). Usted podría...

ERNESTO

No. No puedo.

VERA (A Jacobo)

¿Qué? ¿Qué hago?

ERNESTO

No puedes quedarte más tiempo aquí.

VERA

Eso ya lo se.

Vera se toma el último sorbo del café, va a la puerta y la abre.

VERA

Está lloviendo.

Se queda allí, mirando hacia la calle.

VERA

No soy grande, no soy chiquita, no soy adulta, no soy niña, no soy adolescente, no soy vieja. ¿Qué soy? ¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo se supone que me tengo que comportar? Es tan sencillo como esto: en los almacenes la ropa para damas me queda grande y la sección infantil está llena de ropa que no me entra. ¿Qué tengo que hacer?

Celia, una mujer excesivamente arreglada, entra al café. Se queda un instante en la puerta. Vera aprovecha:

VERA

¿Qué tengo que hacer?

Tú te pareces a mi mamá.

Celia saca una moneda de su abrigo y se la entrega a Vera. La niña, sin mirar la moneda, la guarda automáticamente en uno de sus bolsillos. Celia se sienta. Mira a Jacobo. Duda si acercarse o no. Finalmente se decide y se sienta junto a él, casi dándole la espalda. Le habla pero no lo mira. Parece que estuviera hablando sola. Habla en voz muy baja.

CELIA

Estaba preocupada. ¿Cómo estás? ¿Bien? Perdona que haya venido.

No debí venir.

Pensé que te había pasado algo. ¿Cómo estás?

¿Bien? ¿Estás bien? Anoche no pude dormir, no pegué los ojos pensando que te había pasado algo.

Algo grave.

¿Qué pasó? ¿Qué te pasó?

¿No te pasó nada? No, ¿Verdad? Estuve a punto de llamar a tu casa... No. No lo hice, ¿Cómo se te ocurre? No soy tan tonta.

Bien, te veo bien. Muy bien.

¿Entonces?

Me dejaste esperándote. ¿Por qué?

VERA

Tan sencillo como esto. Salgo a la tienda a comprar un par de aspirinas para mi hermana mayor. No querían dejarme salir pero los convencí. Ya tengo la edad para salir sola a hacer las compras, pero estoy muy chiquita para recordar el camino de regreso. ¿Qué hago? Ya ni sé dónde estoy. ¿Dónde estoy?

CELIA

No. No hay nadie. No hay nadie mirando.

Y si miran, que miren, ya no me importa. Ese ya no es mi problema.

Jacobo hace un muy leve intento de levantarse de la silla, pero Celia lo retiene apretándole un brazo.

CELIA

Jacobo.

Jacobo. Espera.

Mírame.

Si. Ya sé. No se puede. Hay gente. Siempre hay demasiada gente.

Ya sé. Ya sé todo.

No sé que hago acá.

Si. Si sé.

Me estoy despidiendo.

¿Me oyes?

¿Me estás oyendo?

VERA (A *Ernesto*)

Si me pasa algo malo es culpa suya.

Es culpa de todos. Yo soy una niña.